

Agujas autodescartables que revolucionaron la medicina: el legado de Carlos Arcusín en Argentina.

Carlos Arcusín, uno de los mejores inventores nacionales, transformó la ciencia con sus ideas y creatividad. Tiene una amplia trayectoria, pero lo que más lo destaca, es la sonrisa que se esconde detrás de su bigote y la actitud positiva que mantiene. Con su mirada aguda y penetrante, su cabello canoso y desordenado que parece estar constantemente inmerso en la búsqueda de soluciones, Carlos personifica la imagen icónica de un inventor apasionado.

Actualmente tiene 69 años, pero desde muy joven se interesó en el ámbito de la innovación y realizó diferentes proyectos a lo largo de su vida: primero en la industria textil, luego en la alimentaria y por último en la medicina.

Una noche de 1989, Carlos pasó por el Sanatorio Güemes y vio un operativo policial. Al llegar a su casa y ver la televisión, descubrió que la institución lavaba las jeringas para reutilizarlas. Con su tono de voz grave y seguro, declaró: *“Vi que lavaban las jeringas para reusarlas y se me ocurrió que tenía que haber una forma para que no se puedan volver a usar”*.

Desarrolló la idea, hizo diferentes prototipos, y en 1992, se presentó en el concurso INNOVAR (Concurso Nacional de Invenciones), en Ginebra, donde ganó tres medallas de oro.

La jeringa autodescartable tiene una sola posición de inyección y una sola posición de extracción, por lo tanto, no hay forma de volver a usarla. Una vez que el émbolo extrae y empuja el líquido a ser inyectado, el disco se separa automáticamente del vástago que lo sostiene.

A pesar de su altura y mirada intimidante, Carlos es una persona que siempre busca alguna carencia, con la premisa de poder hacer un aporte significativo y que resuelva problemas. Sin embargo, el invento supuso una revolución que él no se imaginaba. Gracias a su invención, evita que las personas se contagien de enfermedades como la hepatitis y el VIH. Entonces, además de ganar las medallas de INNOVAR, también recibió una medalla de oro de la OMPI, la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual que pertenece a la ONU.

“Fue un invento global que, por supuesto, me dio mucha satisfacción”, señala Carlos, *“Al principio me dieron algo de dinero, pero el reconocimiento no fue lo que tendría que haber sido por el uso que llegó a tener.”* Como las patentes de invención duran 20

años en Argentina, hoy en día sus patentes son de dominio público y las pueden usar todas las empresas en sus líneas de bioseguridad. Su ceja levantada y la comisura de su labio levemente inclinada, son una manifestación del disentimiento respecto a su reconocimiento y el tardío uso de las jeringas.

“La línea de un inventor es muy rara. Si bien había ganado medallas, y me invitaron a programas, luego de un tiempo, pareció que se hubieran olvidado de la noticia y de mi nombre. Detrás de las empresas y de las máquinas, hay en realidad personas que trabajamos e inventamos.”

Luego de 20 años de la invención, la OMS declaró que para el 2025, será obligatorio para todas las campañas de vacunación la utilización de la jeringa autodescartable.

A pesar de todo su esfuerzo y trabajo, Carlos se mantiene humilde y dispuesto a compartir sus conocimientos con gratitud. *“Como inventor profesional logré concretar un montón de proyectos, que eso es lo más difícil para un inventor, llevar a la práctica las ideas.”*, dice con una sonrisa que ilumina su rostro.

Su legado no se limita a la salud: actualmente sigue desempeñándose en invenciones de diferentes ámbitos, y esto inspira a los jóvenes inventores a perseguir sus propias pasiones.